

CONSTRUCCIÓN Y DIFUSIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL Y LA FORMACIÓN SOCIAL MEXICANA: UNA REFLEXIÓN HISTÓRICA

CONSTRUCTION AND DIFFUSION OF NATIONAL IDENTITY AND MEXICAN SOCIAL FORMATION: A HISTORICAL ANALYSIS

Ángel Ignacio Martínez Armengol¹

SUMARIO: 1. Introducción, 2. Desarrollo, 2.1 Un breve repaso histórico, 2.2 La monopolización de la vida política, 2.3 La monopolización de la vida económica y social, 2.4 El cambio de paradigma: el neoliberalismo, 2.5 El nuevo siglo: cultura, identidad y los retos del futuro, 3. A modo de conclusión, Fuentes de información

RESUMEN

El ensayo analiza cómo la formación social mexicana y la construcción de la identidad nacional han influido en el perfil del país y su sociedad desde mediados del siglo XX. La identidad nacional se entiende como una construcción social promovida por el Estado, especialmente desde el período postrevolucionario. El texto destaca tres premisas principales: la identidad impulsada por el Estado-nación, la creación de monopolios políticos y económicos, y los cambios provocados por la globalización y las nuevas tecnologías, que han acentuado las desigualdades estructurales. A través de un repaso histórico, se explora cómo la monopolización de la vida política, social y económica del país modeló la identidad nacional y determinó sus hábitos y conductas sociales.

ABSTRACT

The essay analyzes how Mexican social formation and the construction of national identity have influenced the profile of the country and its society since the mid-twentieth century. National identity is understood as a social construction promoted by the State, especially since the post-revolutionary period. The text highlights three main premises: the identity promoted by the nation-state, the creation of political and economic monopolies, and the changes brought about by globalization and new technologies, which have accentuated structural inequalities. Through a historical review, it explores how the monopolization of the country's political, social and economic life shaped the national identity and determined its social habits and behaviors.

PALABRAS CLAVE: Formación social, identidad nacional, Estado, monopolio, psicología social.

KEYWORDS: Social formation, national identity, State, monopoly, social psychology.

¹ Doctor en Historia y Estudios Regionales por la Universidad Veracruzana. Docente de asignatura en la Universidad de Xalapa. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9359-4861>

1. Introducción

La conformación histórica de la formación social mexicana y la construcción de la identidad nacional, han determinado el perfil de país y de sociedad que tenemos. El punto de partida de esta discusión se ubica en la segunda mitad del siglo XX, los años 50 en adelante. La elección no es en modo alguno arbitraria. Es precisamente a partir de ese periodo cuando se comienza a configurar culturalmente lo que se podría denominar la sociedad mexicana contemporánea.

El trabajo ronda los límites disciplinarios de la psicología social, como disciplina que estudia la mente y el comportamiento humano, pero que no se puede entender al margen del contexto social y cultural en el que se desarrolla. Por ello, aborda también una perspectiva histórica, social y política del devenir nacional.

Esta reflexión ensayística parte de tres premisas: en primer lugar, la identidad mexicana es una construcción social impulsada desde el Estado-nación, principalmente a partir del periodo postrevolucionario; en segundo lugar, esa identidad se forjó bajo criterios monopólicos en lo político y lo económico; tercero, la entrada a los mercados globales y la irrupción de la sociedad del conocimiento y las nuevas tecnologías de la información, han provocado cambios importantes, pero también profundizado las condiciones de desigualdad estructurales, lo que colectivamente ha complejizado la identidad colectiva.

La formación social en México, moldeada por una historia compleja, ha dejado una huella indeleble en la constitución psicológica de sus habitantes. Analizar esta formación social es fundamental para entender las particularidades de la psique mexicana y diseñar intervenciones y políticas públicas acordes a sus necesidades.

2. Desarrollo

La construcción de la identidad nacional en México es resultado de un largo proceso histórico y cultural, que se extiende por más de 500 años, pero que toma forma a partir de la consolidación del Estado-nación, a finales del siglo XIX y se refuerza con la constitución del Estado postrevolucionario a partir de los años 30 del siglo XX. En México, como en la mayoría de los países Latinoamericanos, el Estado inventa la nación y no al revés (Martin-Barbero, 1987). Esta afirmación subraya el papel central del Estado en la configuración de una identidad nacional homogénea, a través de la articulación de símbolos, narrativas y prácticas culturales que buscan unificar a una población diversa bajo una misma bandera identitaria.

El concepto de Estado-nación, entendido como la fusión entre una comunidad humana con rasgos culturales y simbólicos compartidos (la nación) y una entidad política y jurídica (el Estado) que ejerce soberanía en el territorio sobre el que se asienta dicha comunidad humana, es fundamental para comprender este proceso. El Estado-nación no solo organiza políticamente el territorio, sino que también asume la tarea de fomentar, y en ocasiones imponer, una imagen homogénea

de la nación. Esta homogenización, como argumentan Béjar & Cappello (2009), responde a una lógica de poder que busca asimilar las diversas culturas y comunidades bajo un modelo hegemónico de identidad nacional. En este sentido, la identidad nacional no es un fenómeno natural o espontáneo, sino una construcción social que en muchos casos es, como lo plantea Anderson (1993) “imaginada” porque sus miembros, a pesar de no conocerse personalmente, se identifican con una historia común, a través de símbolos y mitos que configuran su pasado y orientan su futuro. Entre sus elementos constitutivos se encuentran la lengua común, las tradiciones, las costumbres, los mitos o relatos fundacionales, los símbolos patrios, la iconografía popular, entre otros. Estos elementos, que se transmiten a través de los medios de comunicación, los discursos políticos o el sistema educativo, constituyen el entramado que permite a los individuos reconocerse a sí mismos como parte de una nación determinada.

Esta pretensión de homogenización de la sociedad se encamina, en realidad, a la construcción de una cultura o visión hegemónica de la vida social. Béjar & Capello (2009) afirman que el Estado-nación define los modelos que adoptan los ciudadanos, al considerarlos como equivalentes a un agregado compartido, realizando dicha uniformidad u homogenización a una lógica de poder. Afirman por tanto que el proyecto de Estado-nación moderno consiste en la asimilación de culturas y comunidades diversas a una forma de vida dominante, generando con ello un modelo de identidad particular (de identidad nacional).

Por otra parte, Hoyos (2001) plantea que es importante identificar las acciones que se pueden realizar desde un Estado interesado en promover sentimientos de identidad nacional entre sus ciudadanos, por lo que

El estudio de la construcción de la identidad nacional es uno de los aspectos que pueden tener gran interés para aquellas organizaciones interesadas en conocer el pensamiento político de los ciudadanos. Conocer la manera cómo los individuos de un país construyen su sentimiento y conciencia nacionales, permite obtener una información que puede servir para prever el comportamiento de los ciudadanos frente a ciertos acontecimientos nacionales relevantes (actos electorales o formación de movimientos de cambio social). (Hoyos, 2001, p. 6).

En contraste con esta visión, autores como Gellner (1988) o Hobsbawm (1991) ofrecen perspectivas críticas sobre el concepto de identidad nacional. Gellner argumenta que el nacionalismo es un producto de la modernidad industrial, que requiere de una cultura homogénea para funcionar eficientemente. Por su parte, Hobsbawm enfatiza el carácter inventado de muchas tradiciones nacionales, que son creadas y promovidas por las élites para legitimar su poder.

Al respecto, en su estudio sobre el ser mexicano, Béjar (2007) afirma que la identidad nacional debe estudiarse desde su naturaleza sociopolítica, pues es resultado del surgimiento de diversos movimientos nacionalistas que crearon un Estado-nación propio, acotando así la definición de identidad nacional a las relaciones que se establecen entre ciudadanía y

Estado. Es decir, la identidad nacional es el sentido psicosocial de pertenencia o adscripción sociopolítica de los ciudadanos a las instituciones (sociales, políticas, económicas y culturales) del Estado-nación.

En este sentido, Bonfil (1987) propuso una lectura alternativa que enfatiza el “México profundo”, en el que la identidad no puede entenderse únicamente a través de la lógica estatal, sino que es fruto de la confluencia y el reconocimiento de las culturas indígenas y sus cosmovisiones. Para Bonfil, la riqueza y diversidad de tradiciones ancestrales constituyen un elemento esencial que desafía cualquier intento de imponer una visión monolítica de la nación. Paralelamente, Néstor García Canclini (1989) introdujo el concepto de “culturas híbridas”, planteando que en el contexto de la globalización y la modernización, la identidad nacional se configura a partir de la interacción dinámica entre tradiciones locales y procesos de globalización, lo cual genera identidades en constante negociación y reconstrucción. Esta postura contrasta con la perspectiva hegemónica del Estado-nación, abriendo el debate sobre la tensión entre uniformidad y diversidad en la configuración de lo que se entiende por identidad nacional.

En el caso de México, la construcción de la identidad nacional ha sido el resultado de diversos procesos políticos y sociales, impulsados tanto por la acción deliberada del Estado como por la movilización colectiva de ciudadanos organizados. Este ensayo sostiene que dicha construcción ocurrió a través de un proceso de monopolización de la vida colectiva, en el que el Estado jugó un papel

central en la definición y promoción de una identidad nacional homogénea. Este proceso no ha estado exento de tensiones y contradicciones (Cappello & Lara, 2017), ya que la diversidad cultural y étnica de México ha resistido, en muchos casos, los intentos de homogenización.

2.1 Un breve repaso histórico

La conquista española y el periodo novohispano dejaron una profunda huella en la psique colectiva de lo que con posterioridad se construyó como identidad mexicana. La imposición de la cultura occidental y la subyugación de las poblaciones indígenas generaron un choque cultural con una mezcla de creencias, valores y costumbres que definieron la mexicanidad, influyendo la forma de relacionarse y percibir el mundo. No fue un proceso sencillo. Como apunta Octavio Paz (1950), la diversidad y la influencia histórica, marcada por la conquista, la Colonia y la lucha por la independencia señalaron el derrotero de la búsqueda de una identidad nacional propia. Esa única identidad era necesaria, para superar el trauma del pasado indígena conquistado y colonizado. Como agrega Samuel Ramos (2009), el sentimiento de inferioridad se agravó con la conquista y el mestizaje lo que explica que el mexicano se siente inferior y que esa inferioridad se traduce en deficiencias orgánicas o psíquicas reales.

El proyecto nacional se vio culminado durante el porfiriato (Navalles, 2014), un periodo lleno de luces y de contrastes y que sentó las bases de la nueva nación mexicana, que a lo largo del siglo XIX sufrió múltiples desgarres internos e invasiones externas. Fue durante el largo periodo de

sucesivos gobiernos de Porfirio Díaz cuando se consolida al Estado y éste el que crea a la nación.

La revolución mexicana, como proceso histórico disruptivo de la realidad nacional, impulsó la consolidación del Estado-nación y de un régimen político de profunda raigambre autoritaria. Ese mismo Estado construyó una serie de instituciones políticas y culturales que configuraron una identidad nacional a partir del reconocimiento de los integrantes de la nación como comunidades culturales (Hoyos, 2000), pero también se conformó un tipo de sociedad que pronto encontró cauces para expresar sus inconformidades y demandar espacios más amplios de participación social y política en la esfera pública.

A partir de los años 50 del siglo XX, se afianzó el modelo político basado en la preeminencia del PRI como partido hegemónico, cuya capacidad de arbitrar las disputas entre las facciones revolucionarias, primero, y grupos políticos hegemónicos, después, eran atribuidas al presidente de la República en turno. Ese pacto político permitió dotar de relativa estabilidad al régimen (González, 1965), pero postergó el tránsito a la democracia y a la competencia electoral pluripartidista, además de que ahogó la participación ciudadana nulificando el derecho al voto. El régimen respetó a medias el apotegma maderista de “No reelección” (que se convirtió en una especie de tótem intocable), y dejó para después, la parte relativa al “Sufragio efectivo”, alejando de la mentalidad colectiva los valores y principios

propios de las denominadas “democracias occidentales” (Krauze, 1997).

Ese periodo de relativa estabilidad política se conoció como el “milagro mexicano”, porque durante las dos décadas siguientes, debido a la fuerte intervención estatal en la economía se alcanzaron tasas de crecimiento por arriba del 6% del PIB. El Estado era el principal inversor en infraestructura para el desarrollo, como carreteras, puertos, aeropuertos, industria eléctrica, plantas petrolíferas, así como en instituciones de servicios educativos y/o de salud. Pero para ello, tenía que recurrir al endeudamiento público mediante créditos solicitados al extranjero y eso fue generando un problema para las finanzas públicas que terminó por estallar años después.

Dicho periodo, que comprendió casi 25 años, fue crucial para dotar de estabilidad y crecimiento económico al país. El modelo de desarrollo estabilizador permitió una expansión industrial y urbanística significativa, lo cual mejoró las condiciones de vida y generó empleo en las ciudades. A la par del desarrollo económico, emergió también una nueva forma de cultura e identidad nacional, con fuerte influencia en el cine, la literatura, el arte y la música. La llamada época de oro del cine mexicano (1940-1950) desempeñó un papel central en la formación de la identidad nacional (Martín-Barbero, 1987), con figuras icónicas como Jorge Negrete, Pedro Infante, María Félix, Emilio Fernández, los hermanos Soler, Sara García, entre muchos otros actores, que se convirtieron en símbolos culturales y que encarnaban esa nueva

expresión de la mexicanidad. Asimismo, se consolidaron movimientos artísticos como el muralismo, encabezado por Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, quienes reflejaron la lucha social y la identidad nacional. Sus murales no solo embellecieron diversos espacios públicos, sino que también transmitieron mensajes poderosos sobre la historia y los valores nacionales.

En la consolidación de esa forma de cultura e identidad nacional, jugó un papel principal el sistema educativo nacional, que a partir de los años 50 del siglo pasado adoptó los rasgos propios del sistema político priista que se afianzaba en prácticamente todos los ámbitos de la vida social mexicana. A través de las escuelas públicas, los docentes y los libros de texto se promovió una cultura nacional que buscó integrar las diversas tradiciones y realidades del país en un relato común. A manera de apunte, conviene retomar aquí, lo afirmado al respecto por Josefina Vázquez en su obra “Nacionalismo y educación en México”:

La educación ha sido, pues, un instrumento que el gobierno ha utilizado para modelar la conciencia colectiva de un país y despertar la lealtad de sus habitantes hacia el estado-nación. La tarea se ha llevado a cabo a través de la enseñanza de la historia, de la instrucción cívica y de la geografía regional. Asimismo se desarrolla en la escuela y en la sociedad todo un ritual nacional: honores a la bandera y al himno nacionales, celebración de días conmemorativos especiales y veneración a los héroes. Los vehículos por excelencia han sido, sin embargo, la imposición de una lengua y la enseñanza de la historia (Vázquez, 1970, p. 8).

Como sostienen Cappello y Lara (2017) la identidad nacional puede considerarse como el sentido de pertenencia a las instituciones políticas, culturales, económicas y sociales que le dan estructura, fines, objetivos y normas al Estado, y que éstas socializan a los miembros de las poblaciones, lo que da lugar a un complejo de relaciones intersubjetivas, cuyo efecto socio-psicológico cimienta el sentido de la nacionalidad.

2.2 La monopolización de la vida política

Pero a la par, también se fue gestando una psicología colectiva orientada hacia la monopolización de la vida pública. El régimen de partido hegemónico o casi único contribuyó a la creación de una serie de monopolios públicos y privados para la prestación o dotación de servicios como el suministro energético (electricidad, gas, o gasolinas), el transporte o las comunicaciones (una sola compañía telefónica era la responsable de la instalación de líneas domésticas y comerciales) y hasta el entretenimiento (una sola compañía fue beneficiaria de las concesiones de televisión nacional), entre otros.

Dicho modelo económico y político basado en la preeminencia de un solo actor que monopolizaba la vida personal y social permitió ciertos controles de orientación del crecimiento nacional con reglas y marcos preestablecidos, lo que dotaba al sistema político y social de cierta inmovilidad.

De hecho, la configuración sociopolítica y económica de la sociedad mexicana se normalizó alrededor de la conformación

de organizaciones monopólicas, lo mismo en lo político que en lo económico, es decir, tanto en lo público como en lo privado.

Repaso brevemente algunos ejemplos alrededor de esa visión monopólica de la realidad nacional.

En lo político, el monopolio ejercido por el Partido Revolucionario Institucional a lo largo de 70 años fue la base sobre la cual se moldeó la identidad nacional y la cultura política y social de México. Desde su fundación como Partido Nacional Revolucionario, en 1929, su conversión a Partido de la Revolución Mexicana, en 1934, y su denominación como PRI a partir de 1946, se promovió una narrativa oficial que buscaba crear una identidad nacional homogénea y unificada.

Dicha narrativa tenía a la Revolución como fuente de su legitimidad (Krauze, 1997), al considerarse la clase política priista como heredera única del movimiento armado. Se forjó así el llamado “nacionalismo revolucionario”, que tuvo en las artes, la música, la danza folklórica, entre otras manifestaciones, su principal fuente de construcción identitaria. La exaltación de los símbolos patrios, los héroes revolucionarios (incluyendo en una misma línea a los próceres de la guerra de independencia y de la reforma liberal del siglo XIX) y la justicia social para el pueblo, fueron los componentes principales del argumentario oficial. Se promovió y reforzó la visión de un México como una nación mestiza, criolla, con una cultura sincrética que combinaba elementos indígenas y mestizos, intentando con ello borrar o minimizar las diferentes étnicas, culturales

y regionales (Ramos, 2009), creando para ello rituales o celebraciones cívicas que buscaban reforzar el sentido de identidad y pertenencia a la nación mexicana.

Como ya se mencionó, el acuerdo político entre las élites postrevolucionarias, principalmente a partir de 1940, tuvo como base respetar escrupulosamente el principio de no reelección presidencial. Dichopacto garantizó que el presidente en turno se convertiría en la principal figura política, articuladora y monopólica de las decisiones del devenir nacional, y que a lo largo de su sexenio acumularía tal poder, que incluso le permitiría designar a quien sería su sucesor (Córdova, 1972).

Para ello, el presidente en turno contó con dos poderosos instrumentos de control: el partido hegemónico, como brazo político, y el presupuesto público, como brazo económico. De ese modo, presidente y partido crearon una cultura política basada en la lealtad y el clientelismo políticos, en donde el acceso a los espacios de poder, y a la fuente de recursos públicos que ello implica, estaba condicionado a mostrar fidelidad a ambas figuras.

Con esto, la era priista trajo consigo un relato de cierta estabilidad no exenta de resistencias y de represión autoritaria del régimen. Desde su fundación, pero principalmente a partir de los años 50, el régimen priista ganó todas las elecciones en todos los ámbitos y niveles en disputa, desde la Presidencia de la República hasta el municipio más pequeño del país (González, 1965).

No todo fue, por supuesto, armonía y tranquilidad. En diversos momentos, los controles políticos fueron puestos a prueba. A lo largo de la década de los años sesenta estallaron diversos movimientos sociales y obreros, en especial el estudiantil de 1968, cuyo clímax fue la masacre de Tlatelolco. Este evento reveló la represión gubernamental, el carácter autoritario del régimen y sembró desconfianza de la población hacia el gobierno, marcando un punto de inflexión en la percepción pública (Krauze, 1997).

A partir de mediados de los años 70 se inició un largo y sinuoso camino hacia la transición democrática en materia política y se vivió una transformación radical del modelo económico. El primer aspecto estuvo marcado por altibajos en los que por momentos emergía de nuevo el radicalismo autoritario del régimen, mediante la represión de movimientos estudiantiles y sindicales, así como la persecución de líderes guerrilleros, conocida como “la guerra sucia”, principalmente en regiones rurales e indígenas de Guerrero o Chiapas. En el segundo, el Estado tuvo que enfrentar severas crisis económicas, altos niveles de inflación y problemas para solventar los pagos de la deuda externa. Sobre ello se analizará más adelante.

2.3 La monopolización de la vida económica y social

Nos sólo lo político contribuyó a la formación social mexicana del siglo XX bajo la premisa del monopolio. También en lo económico y en lo social, la consolidación de empresas públicas y privadas únicas, como prestadoras de servicios y bienes públicos

establecieron el derrotero de la identidad nacional.

La economía mexicana estuvo marcada por la presencia de monopolios del Estado, especialmente en sectores estratégicos como la energía. A través de empresas paraestatales como Pemex o Comisión Federal de Electricidad se desarrolló una gestión monopólica de la explotación energética, cuyo simbolismo nacionalista representaba el hito de la soberanía del control del Estado (es decir, la nación) sobre recursos estratégicos.

Hasta la fecha, quien requiera instalar el servicio doméstico de electricidad tiene que acudir, sí o sí, a las oficinas de CFE, pues es la única empresa que puede otorgar dicha prestación. Y hasta hace relativamente pocos años, las únicas empresas gasolineras o gaseras a las que se debía acudir a recargar combustible eran las operadas o concesionadas por Pemex.

Desde el discurso oficial, la existencia del monopolio de las empresas paraestatales se argumentó como un mecanismo de redistribución de la riqueza y de justicia social. Los ingresos que generaban Pemex y CFE se destinaban a financiar programas educativos, infraestructura para el desarrollo y servicios públicos. Desde la perspectiva de la psicología social, esta idea de la justicia distributiva es esencial para mantener la legitimidad social (Ortega, 2024). Al redistribuir los ingresos de dichos monopolios públicos en forma de servicios públicos y programas sociales, el Estado mexicano promovió una percepción de equidad y justicia, para fortalecer la

identidad nacional y la confianza social en el Estado. Sin embargo, no pasaba desapercibido para un amplio sector de la población, la mala gestión y corrupción que imperaba en dichas empresas públicas y en general en muchos ámbitos del gobierno.

Pero no solo lo público contribuyó a la formación social monopólica en lo económico. Impulsadas en muchos casos por políticas públicas, de la mano del Estado, no pocas empresas privadas florecieron y se convirtieron en dominantes o monopólicas en sus respectivos sectores. En los casos más emblemáticos o significativos se encuentran empresas como Telmex, Televisa, Cemex, Femsa, entre otras.

El caso de Teléfonos de México es emblemático. Se trata de una empresa que perteneció al Estado y que fue privatizada durante la ola neoliberal que cambió el modelo de desarrollo económico que siguió el país durante décadas y que más adelante se abordará. Durante décadas la única forma de contar con una línea telefónica en el hogar o el negocio era contratándola con Telmex. No había de otra. Eso es justo lo que caracteriza a un monopolio. Ahora se ha convertido en la empresa dominante del sector de telecomunicaciones que incluye también la telefonía móvil y el servicio de Internet, aunque compartiendo el mercado con compañías de menor importancia (incluso recientemente la propia CFE ha comenzado a participar en la oferta de servicios de telefonía móvil e Internet).

La televisión mexicana es también significativa en su contribución a la formación social, desde la visión única o monopólica. Surgida en los años 50, la

televisión nació como una industria del entretenimiento para ocuparse del tiempo del ocio de la población. Contrario a lo que ocurrió en países de Europa, en México se adoptó el modelo privado y comercial de televisivo, a semejanza de lo ocurrido en Estados Unidos. Ello contribuyó a la creación de una empresa que acaparó desde épocas muy tempranas los canales televisivos, gracias a concesiones otorgadas por el Estado, para la creación de cadenas nacionales que transmitían el mismo contenido a todo el país.

Televisa, nacida como Telesistema Mexicano, obtuvo del gobierno las concesiones para operar los canales 2, 4, 5 y 9 como cadenas nacionales y fue siempre una empresa favorecida para controlar los contenidos de entretenimiento y la agenda informativa que llegaba a millones de hogares diariamente. De acuerdo con García (2008) al trascender barreras históricas de alfabetización y movilidad, la televisión se volvió la fuente primaria de socialización e información del día a día (sobre todo en forma de entretenimiento) de poblaciones que de otra forma serían heterogéneas, por lo que muchos de los que comenzaron a vivir con la televisión en casa nunca habían sido parte de una cultura nacional compartida.

La influencia de Televisa, y de la televisión mexicana en general, fue utilizada para promover narrativas específicas de construcción de la identidad nacional, en línea con los intereses del Estado. El principal producto de entretenimiento, la telenovela, reflejaba las disparidades y desigualdades estructurales, en forma de drama o farsa tragicómica, reforzando

estereotipos de belleza, normas de comportamientos, estatus socioeconómico, etcétera.

Finalmente, no menos relevante es mencionar la existencia de monopolios privados en sectores como los alimentos, con empresas como Grupo Maseca, Bimbo, Marinela, Femsa y otras similares, que tuvieron un impacto significativo en la formación social e identidad nacional, a través de la proliferación de sus marcas en productos emblemáticos. Gansito Marinela, Osito Bimbo, harina de maíz, refrescos embotellados, etcétera, son artículos de consumo masivo que han modelado los hábitos de consumo y la dieta de amplios sectores de la sociedad mexicana.

La mayoría de estas empresas monopólicas consolidaron su influencia y poder al amparo, cobijo y, no pocas veces, protección del Estado, con mecanismos fiscales o arancelarios que les significaron posiciones dominantes en sectores claves de la economía. Y es que el éxito empresarial de dichas empresas fue interpretado como un signo de orgullo nacional, aunque también como un ejemplo de la profunda desigualdad social, la concentración de la riqueza y el favorecimiento de lo privado sobre lo público.

2.4 El cambio de paradigma: el neoliberalismo

A partir de la crisis económica de los años 80 comenzó la aplicación de las llamadas políticas neoliberales que profundizaron los niveles de pobreza y desigualdad en el país. El cambio de modelo económico, de la concepción en la participación del Estado en la economía, implicó también

el abandono del llamado “Estado social”, inspirado en principios como la justicia social y el cooperativismo solidario. Implicó el cierre o la venta de empresas paraestatales, la privatización de sectores clave y el desmantelamiento del Estado benefactor que llevaron a la precarización de las condiciones laborales y de servicios básicos de millones de mexicanos. Esto representó, además, una apertura comercial hacia mercados competitivos, en un entorno que había privilegiado exactamente lo contrario: la monopolización de las actividades económicas y políticas, por lo que la capacidad de competencia era más bien nula.

Los gobiernos de Miguel de la Madrid, primero, y de Carlos Salinas de Gortari, después, se vieron obligados a implementar tales políticas y a firmar acuerdos con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y aunque estas medidas estabilizaron la economía a largo plazo, también incrementaron la pobreza y afectaron negativamente a amplios sectores de la población. Afloraron entonces, los aspectos más negativos de la desigualdad social acumulados durante décadas. Debido a ello, los gobiernos implementaron programas sociales como Solidaridad (después llamado Progreso, luego Prospera y ahora Bienestar) que buscaron revertir la pobreza y mejorar el acceso a la educación y la salud de las familias más vulnerables. Estos programas lograron ciertos avances, aunque la desigualdad estructural continuó.

A ello se sumó el fenómeno migratorio hacia Estados Unidos ya que, al no encontrar opciones de mejoramiento de vida, millones de compatriotas se vieron obligados a

abandonar sus lugares de origen en busca de mejores oportunidades, y las remesas que enviaban a sus familias se convirtieron en una fuente vital de ingresos para muchas comunidades rurales. Este flujo migratorio no solo alteró las dinámicas familiares, sino que también contribuyó a cambios demográficos y culturales en varias regiones del país. En ciudades fronterizas, como Juárez, Mexicali o Laredo, surgió una particular cultura híbrida que mezclaba influencias de ambos lados de la frontera con Estados Unidos. La música nortea y los narcocorridos reflejaron las complejidades de identidad, migración y violencia que atravesaban esas sociedades.

A mediados de los años 90, el giro hacia el neoliberalismo económico tomó un camino sin retorno. La firma del tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá, así como una decena de acuerdos similares con diversos países y regiones del mundo, consolidaron un modelo económico que privilegia la inversión privada, reduce la participación del Estado en la economía y limita sus capacidades de intervención para mitigar o paliar la desigualdad.

La adopción acrítica de la ideología neoliberal subordinó el desarrollo nacional a las necesidades de las grandes corporaciones y capitales globales. Se profundizó una dinámica de producción y consumo desigual, donde México fungía como maquilador de bajo costo y mercado para productos extranjeros de alto valor agregado. La industrialización se orientó entonces a la exportación, mientras que la transferencia y adopción de nuevas tecnologías resultó vital pero también problemática. Por un lado, permitió

modernizar ciertos sectores y hacerlos más competitivos; pero por otro, ahondó la brecha entre un México urbano e inserto precariamente en la globalización, y un México rural, olvidado y sin oportunidades de desarrollo.

Ese México olvidado emergió en 1994 con el movimiento zapatista de Chiapas, que hizo salir del corazón de la selva lacandona el grito de reivindicación de los pueblos originarios. La sociedad mexicana se vio forzada a mirar ahí donde había girado la vista. El alzamiento zapatista puso de manifiesto las históricas reivindicaciones de los pueblos originarios por autonomía, tierra y respeto a sus derechos (Durand & Silva, 2014).

Se podría afirmar que hasta ese momento, la identidad nacional había sido concebida en términos de una narrativa hegemónica que, en gran medida, excluía a los pueblos indígenas y relegaba la diversidad cultural a un segundo plano. El EZLN irrumpió en el escenario político al poner en entredicho esta visión homogeneizadora, reclamando la inclusión de las lenguas, costumbres y formas de organización propias de los pueblos originarios de Chiapas y del resto del país. En este sentido, la insurgencia zapatista no solo denunció la exclusión de las comunidades indígenas, sino que propuso un modelo de "identidad plural" y autónoma, en el que la nación se reconfigurara a partir de la diversidad y la corresponsabilidad en la toma de decisiones. Esta apuesta por una identidad que reconoce y valora la diferencia constituyó una crítica directa al discurso nacional oficial, al mismo tiempo que impulsó procesos de

autodefinición y empoderamiento en sectores históricamente marginados.

Paralelamente, creció de forma exponencial el flagelo del narcotráfico, trayendo consigo una espiral de violencia, corrupción e inseguridad que aún hoy representa uno de los mayores desafíos nacionales. En términos de identidad nacional, la irrupción del narcotráfico como fenómeno social ha marcado la configuración del imaginario mexicano con el auge de la llamada narcocultura.

El concepto alude a un conjunto de expresiones artísticas y mediáticas –como los narcocorridos, películas, teleseries y otros productos culturales– en un contexto de violencia, marginalidad y transformación económica, y presenta una estética particular basada en la ostentación, la violencia y la figura del “chingón”. Por un lado, la mera existencia de una narcocultura contradice el discurso nacional tradicional, al exaltar prácticas y valores que parecen irreconciliables con la imagen moral y ordenada que se espera de una nación. Sin embargo, paradójicamente, estos relatos también han sido incorporados a la construcción de la identidad mexicana, pues expresan realidades vividas en territorios marcados por el crimen organizado y la exclusión. Así, mientras el Estado y los discursos nacionalistas oficiales aspiran a proyectar una imagen de unidad, moralidad y modernidad, la narcocultura ofrece una narrativa alternativa –a menudo ambivalente– que, si bien deslegitima ciertos ideales, también configura un imaginario popular en el que el “ser mexicano” se asocia con la resiliencia ante

la adversidad y la capacidad de transformar la violencia en un símbolo de identidad.

2.5 El nuevo siglo: cultura, identidad y los retos del futuro

Las reformas electorales al régimen político mexicano iniciadas a mediados de los 70, profundizadas a partir de los años 90, tuvieron como consecuencia la alternancia en el poder presidencial y transformaron el sistema político. La elección de Vicente Fox en el año 2000, representando al Partido Acción Nacional, puso fin a los 70 años de hegemonía del Partido Revolucionario Institucional. Esta transición no solo simbolizó una apertura democrática, sino también una redefinición de la participación ciudadana en la política.

El desmantelamiento del sistema basado en el partido hegemónico o casi único, para dar paso a una competencia en un pluralismo partidista polarizado, fue un proceso largo y no exento de retrocesos, que se consolidó a partir de la elección federal de 1997. A partir de ese momento, parecía no haber marcha atrás en la adopción del modelo de democracia liberal, que garantiza la competencia entre partidos políticos en el acceso al poder, con su fuerte carga de incertidumbre que implica, así como la alternancia en los cargos de representación. Sin embargo, el uso clientelar del presupuesto público continuó siendo la tónica de cooptación y de manipulación del voto, principalmente entre las clases más empobrecidas de la sociedad.

El gobierno de Fox desencantó pronto a amplios sectores de la población, al incumplir algunas de sus principales promesas de campaña, como aquello

de “resolver en 15 minutos el problema zapatista” o de desterrar la corrupción y encarcelar a los “peces gordos” del priismo. Nada de eso ocurrió y al contrario durante su gobierno estallaron escándalos de corrupción que involucraron no solo a funcionarios públicos sino a familiares directos e indirectos del presidente. Pero fue la transmisión del poder presidencial, en 2006, lo que provocó el mayor quiebre político en la historia electoral reciente del país. En amplios sectores de la población quedó impresa la idea de que se cometió un fraude electoral, que remaba a contrapelo de la oferta democratizadora del régimen. La presidencia de Felipe Calderón, en 2006, nació marcada por la mancha de la duda en su legitimidad democrática. Fue aún peor cuando en su gobierno se desató la llamada “guerra contra el narco”, que implicó un aumento de la violencia criminal en diversas ciudades del país, además de revelar la profunda implicación del crimen organizado en diversas esferas y ámbitos de gobierno.

La profundización del modelo privatizador neoliberal de la economía y la creciente influencia de grupos delincuenciales del narcotráfico desdibujaron el proceso de identidad colectiva y dieron paso a una concepción más individualista del ser nacional. Al renunciar el Estado a ser el rector y promotor del desarrollo nacional, dejando todo en manos de la empresa privada, quedando reducido al mero papel de Estado policiaco, se construyó una narrativa social que valoraba más el esfuerzo individual que la colaboración colectiva en la construcción del futuro (Mora, 2011). Así hizo su arribo la llamada Sociedad del Conocimiento y la Cuarta Revolución Industrial. Basada en la

automatización, internet, y tecnologías disruptivas como la inteligencia artificial y la robótica avanzaron aceleradamente en los países desarrollados, entre ellos nuestros socios comerciales más importantes, Estados Unidos y Canadá, lo que provocó que se entrara también de lleno en dicho proceso. Sin embargo, en México los rezagos en infraestructura, capacidades y asignación de recursos para ciencia y tecnología fueron una barrera para transitar hacia ese nuevo paradigma socio-tecnológico y económico.

No obstante, también hubo avances importantes que cimentaron una sociedad del conocimiento incipiente. La cobertura de educación superior y posgrados creció notablemente, formando más científicos, ingenieros y capital humano capacitado. El uso de tecnologías de la información y comunicación como internet y telefonía móvil se masificó aceleradamente durante las primeras dos décadas del siglo XXI.

En 2012, el PRI regresó al poder presidencial, ahora mediante métodos democráticos, en la figura de Enrique Peña Nieto, cuya candidatura fue minuciosamente construida y proyectada desde las televisoras nacionales (Villamil, 2012). Durante su gobierno se firmó el llamado “Pacto Por México”, que representó un amplio acuerdo entre las principales fuerzas políticas nacionales (PRI, PAN, PRD, Partido Verde, a exclusión de la izquierda más radical), para profundizar el modelo privatizador de la economía incluyendo sectores, hasta ese momento no involucrados, como el petróleo, la energía eléctrica, las telecomunicaciones, etcétera.

En el ámbito social, la creciente urbanización e incorporación de las mujeres al mercado laboral representó también cambios profundos en los roles y dinámica familiar tradicional. Los movimientos feministas emergieron con fuerza en el escenario público, logrando el reconocimiento de derechos reproductivos, cuotas de género en cargos públicos y tipificación de delitos como el hostigamiento y la violencia intrafamiliar. La tradición histórica de una identidad nacional predominantemente masculina y patriarcal ha sido cuestionada en las últimas décadas por la emergencia del pensamiento feminista, tanto en su vertiente más académica como en movimientos populares.

En México, el feminismo ha expuesto las contradicciones de un discurso nacional que, si bien celebra ciertos mitos y símbolos de grandeza, ha ignorado o incluso reproducido la exclusión y la violencia de género. Desde el activismo de los movimientos feministas se ha promovido una relectura de la idea de la nación en la que se reconozca la contribución de las mujeres y se cuestione el rol tradicionalmente asignado a lo masculino. Esta incidencia se evidencia en la creación de espacios de diálogo y políticas públicas que buscan erradicar la desigualdad, como la creación de la Secretaría de la Mujer en el reciente gobierno federal. Así, el feminismo no solo critica el pasado, sino que contribuye a la construcción de un nuevo imaginario nacional en el que la equidad de género se erige como un pilar fundamental de la identidad mexicana contemporánea.

No obstante, persisten aún grandes desafíos como las brechas salariales, la violencia

feminicida, la falta de corresponsabilidad en los cuidados y las dificultades para la conciliación familia-trabajo (Álvarez, 2020). Hoy en día, la desigualdad estructural que enfrentan las mujeres es una asignatura pendiente para consolidar una sociedad más justa e inclusiva.

En la esfera cultural, el auge de las nuevas tecnologías y los medios de comunicación masiva, como la televisión digital terrestre y las transmisiones en vivo a través de plataformas de Internet (en redes sociales como YouTube, Facebook, TikTok o Instagram) transformaron los patrones de consumo y socialización, sometida a una poderosa influencia de la cultura popular estadounidense y la expansión de la industria del entretenimiento que impactaron las expresiones artísticas y la identidad nacional.

Asimismo, es importante mencionar que en los años recientes ha crecido la conciencia colectiva en favor de los derechos humanos y el reconocimiento a las diferentes expresiones de género. En esto han contribuido enormemente los colectivos de la comunidad LGTBTTQI+, que han exigido y arrancado al Estado (a la clase política que en este opera) la aceptación de derechos a los que históricamente habían sido excluidos.

En el año 2018, Andrés Manuel López Obrador, un líder social y político de largo cuño en la escena política mexicana, ganó la presidencia del país, apoyado en un partido político de nueva creación: el Movimiento de Regeneración Nacional, Morena, que en 2015 compitió por primera vez en una elección federal. López Obrador había

sido previamente candidato presidencial en 2006 y 2012, y antes de ello fue jefe de Gobierno del entonces Distrito Federal, hoy ciudad de México, así como líder social y político en su natal Tabasco, además de dirigente nacional del Partido de la Revolución Democrática.

A partir de su presidencia, al menos en el discurso oficial, se dio marcha atrás al modelo neoliberal privatizador y se retomó el legado nacionalista y de soberanía económica de los años 60 y 70. Prueba de ello fueron las denominadas obras públicas emblemáticas del régimen, como la construcción de una nueva refinería, de un nuevo aeropuerto, del ferrocarril interoceánico y del Tren Maya. Además, se impulsaron programas sociales para atender a los sectores más empobrecidos de la población y otorgar prestaciones de seguridad social, como pensiones universales para adultos mayores o becas para estudiantes de bachillerato y educación secundaria.

A lo largo del sexenio 2018-2024, el lopezobradorismo enarboló su autodenominada “Cuarta Transformación”, recurriendo para ello al uso de símbolos históricos (figuras como Juárez, Cárdenas y otros próceres patrios), de la retórica de la transformación y del rescate de narrativas de justicia social para legitimar sus propuestas y movilizar a las masas. Sin embargo, a pesar de la retórica de cambio y renovación, esta utilización de la identidad nacional también ha sido criticada por su carácter populista y por enmascarar contradicciones estructurales como la coexistencia de políticas sociales que pretenden atender la desigualdad junto a

prácticas autoritarias de coacción del voto, la persistencia de violencia y corrupción, y la tendencia a centralizar el poder en torno a la figura presidencial. En este contexto, la identidad nacional se ha convertido en una herramienta ambivalente: por un lado, se utiliza desde el ámbito gubernamental para generar unidad y esperanza; por otro, puede ser instrumentalizada para consolidar un modelo de gobernanza que, en última instancia, reproduce viejas dinámicas de exclusión y hegemonía. De hecho, una diferencia significativa respecto del modelo anterior lo representa la participación de las fuerzas armadas en tareas relacionadas con la construcción y operación de obras y empresas públicas. De forma destacada, la construcción del Aeropuerto Internacional Felipe Ángeles (AIFA), el ferrocarril del Istmo de Tehuantepec, el Aeropuerto de Tulum o la compañía aérea Mexicana de Aviación, quedaron a cargo de militares y marinos por mandato presidencial.

De igual forma, se aplicaron medidas para revertir el deterioro de los derechos de los trabajadores, con aumentos continuos al salario mínimo y de prestaciones como el número de días de vacaciones, la eliminación del outsourcing, entre otras. Pero, de otro lado, una de las principales críticas que recibió fue el continuo deterioro del sistema público de salud, ya de suyo precario, rebasado e ineficaz, a pesar de la promesa de convertirlo en uno de primer mundo (“como el de Dinamarca o mejor”), que se vio desnudado y exhibido en su ineficacia en la pandemia de Covid-19. Empero, la legitimidad política del lopezobradorismo, así como su amplia base social de apoyo, se tradujeron en un triunfo electoral sin precedente en la historia política reciente,

en la elección de 2024, cuando la candidata del partido en el poder, Claudia Sheinbaum, ganó la presidencia con el 59.75% de la votación emitida y casi 36 millones de votos a su favor.

Esta nueva hegemonía política del Morena ha revivido la idea de una restauración del régimen priista de partido único, aunque eso, aún, forma parte más del imaginario político que de la realidad.

3. A modo de conclusión

La complejidad de la formación social mexicana y la construcción de la identidad nacional emergen como procesos en constante evolución, marcados por la interacción de múltiples factores históricos, políticos y culturales. Dadas sus múltiples aristas, moldeada por los acontecimientos de la segunda mitad del siglo XX y primeros años del nuevo siglo, resulta un desafío conceptualizar una identidad nacional única de cara a los retos futuros. No obstante, algunos elementos clave nos permiten vislumbrar los rasgos definitorios de la mexicanidad contemporánea.

En primer lugar, el mestizaje, entendido tanto en su dimensión biológica como cultural, constituye el núcleo articulador de la mexicanidad. Este proceso de síntesis entre raíces prehispánicas, influencias hispánicas y aportaciones contemporáneas no solo enriquece el acervo cultural, sino que también plantea interrogantes sobre la representatividad de aquellas comunidades que han sido históricamente marginadas. La hegemonía de discursos nacionalistas que tienden a homogeneizar la diversidad plantea la necesidad de revisar y ampliar

los marcos de comprensión, de modo que se reconozca y valore la complejidad inherente a un proceso de identidad en permanente negociación. En esta línea, la defensa del derecho a la diferencia y el respeto a las cosmovisiones e identidades de los pueblos originarios cobra especial relevancia.

En segundo lugar, la persistente desigualdad y la enorme brecha marcada entre un México plenamente inserto en la dinámica global, por un lado, y de sectores históricamente rezagados, por el otro, subrayan las limitaciones de los modelos estatales tradicionales de construcción de identidad. Este desequilibrio genera tensiones que erosionan la cohesión social y evidencian contradicciones estructurales. Desde una perspectiva crítica, es imperativo replantear las estrategias de inclusión, integrando enfoques multidisciplinarios que aborden tanto las condiciones materiales como las percepciones simbólicas que configuran la experiencia colectiva.

En el plano cultural, se hace necesaria la reconciliación con la historia y raíces nacionales, sin romanticismos banales, y al mismo tiempo abrazar las grandes aportaciones artísticas, intelectuales y creativas del México contemporáneo al acervo universal de la humanidad. La identidad nacional debe amalgamar lo mejor de las tradiciones milenarias con la vanguardia artística y el pensamiento crítico y progresista. Sólo así se podrá avanzar hacia una sociedad donde el talento humano pueda florecer plenamente y ser factor clave de desarrollo. Es a través de un examen profundo de la formación

social mexicana como se podrán diseñar intervenciones y políticas públicas efectivas que aborden las necesidades de la población de manera integral y culturalmente sensible.

En el contexto contemporáneo, marcado por la irrupción de nuevas tecnologías y una intensificación de los procesos de globalización, los desafíos para la construcción de la identidad nacional se han tornado aún más complejos. La instrumentalización política de símbolos históricos y el resurgimiento de discursos populistas, a nivel global, requieren una mirada crítica y reflexiva que permita articular una mexicanidad capaz de reconciliar su pasado con las demandas del presente. La integración de saberes provenientes de la psicología social, la historia, la sociología y la antropología resulta esencial para elaborar políticas públicas que promuevan una identidad inclusiva y plural, en la que se reconozcan tanto los legados milenarios como las dinámicas de cambio inherentes a una sociedad en transformación.

Fuentes de consulta

- Álvarez, L. (2020). El movimiento feminista en México en el siglo XXI: juventud, radicalidad y violencia. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 65(240) <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2020.240.76388>
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (E.L. Suárez, Trad.) [Original publicado en 1983]. FCE.
- Béjar, R. (2007). *El mexicano: Aspectos culturales y psicosociales*. UNAM.
- Béjar, R. & Cappello, H.M. (2009). Aproximaciones a la identidad nacional y sus correlatos fácticos. Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo. UNAM. https://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/488trabajo.pdf
- Bonfil, G. (1987). *México profundo*. SEP-CIESAS.
- Cappello, H.M., & Lara, J.F. (2017). Procesos y vicisitudes en el desarrollo de la psicología social mexicana y el estudio de la identidad nacional desde un nuevo punto paradigmático. *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, SOCIOTAM*, 27(2), 49-71.
- Córdova, A. (1972). *La formación del poder político en México*. Ediciones Era.
- Durand, C.H. & Silva, M.D. (2014). Veinte años de lucha del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (Algunas de sus aportaciones). *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 9(18), 100-117.
- García, N. (1989). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.
- García, H. (2008). *Vivir con la televisión: 30 años de análisis de cultivo*. Anagramas. Rumbos y sentidos de la comunicación, 7(13), 91-106.
- Gellner, E. (1988). *Naciones y nacionalismo* (J. Seto, Trad.) [Original publicado en 1983]. Alianza Editorial.
- González, P. (1965). *La democracia en México*. Ediciones Era.
- Hobsbawm, E. (1991). *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Crítica Grijalbo Mondadori.
- Hoyos, O. L. (2000). La identidad nacional: algunas consideraciones de los aspectos implicados en su construcción psicológica. *Psicología desde el Caribe*, 5, 56-95.
- Hoyos, O. L. (2001). *Identidad nacional. Una aproximación cognitiva*. Psicología desde el Caribe, 8, 1-26.
- Krauze, E. (1997). *La presidencia imperial*. Tusquets Editores.
- Martin-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Editorial Gustavo Gili.
- Mora, L.M. (2011). *Metodología de la comunicación política en campañas electorales*. Plaza y Valdés Editores.
- Navalles, J. (2014). La psicosociología en México: una historia cultural. *Polis*, 10(1), 78-107.
- Ortega, S. (2024). La percepción de la justicia social en la distribución de recursos. *Psicología en la presencia*. <https://psicologiaplasencia.es/social/percepcion-de-la-justicia-distributiva-social/>

- Paz, O. (1950). El laberinto de la soledad. Fondo de Cultura Económica.
- Ramos, S. (2009). El perfil del hombre y la cultura en México. Espasa Calpe.
- Uranga, E. (2013). Análisis del ser del mexicano. Bonilla Artigas Editores.
- Vázquez, J. (1970). Nacionalismo y educación en México. El Colegio de México.
- Villamil, J. (2012). Peña Nieto: el gran montaje. Penguin Random House Grupo Editorial.